

## Nota sobre Gallimard y la literatura latinoamericana

*Gustavo Guerrero*

Es quizás aún muy temprano para hacer un justo balance histórico de todo lo que la casa Gallimard le debe a la literatura latinoamericana e, inversamente, de todo lo que la literatura latinoamericana le debe a Gallimard. Todavía no contamos con la distancia ni las investigaciones necesarias para emprender una tarea que podría ser tema no de uno sino de varios libros y que, obviamente, sería vano tratar de agotar en unas cuantas líneas. Quisiera, sin embargo, compartir con el lector algunas reflexiones que, en los últimos años, han ido acompañando mi labor en la editorial como director de la colección de letras hispánicas. Y es que convivir a diario con un catálogo en el que figura lo mejor de nuestra literatura contemporánea –de Alfonso Reyes a Mario Vargas Llosa, o de Jorge Luis Borges a Guillermo Cabrera Infante– es una experiencia privilegiada y que a menudo da mucho que pensar. Aún más, es una experiencia que invita a reexaminar continuamente la crónica de una de nuestras mayores aventuras culturales: la difusión internacional de los autores y las obras latinoamericanas a todo lo largo del siglo XX.

Creo que fue el escritor François Nourrisier quien dijo alguna vez que el verdadero proyecto de Gastón Gallimard (1881-1975), el fundador de la casa, no fue crear una editorial sino una «biblioteca universal». Mal puede sorprender así que, desde un comienzo, se traduzca y se publique a un buen número de autores extranjeros, sobre todo europeos y estadounidenses. Si los latinoamericanos no aparecen en los primeros catálogos es porque la curiosidad o el interés que podía despertar nuestra literatura en Francia allá por 1911 era –hay que reconocerlo– bastante limitado. Aunque por ese entonces París fuera la residencia habitual de Rubén Darío y la mítica capital del modernismo, poco o nada se sabía sobre las letras de un continente que parecía demasiado ajeno, exótico y distante. Algo o, mejor, alguien va a cambiar esta situación: el poeta, novelista, crítico y traductor Valery Larbaud (1881-1957). Rico heredero de las fuentes y aguas de Saint-Yorre, Larbaud aprende muy temprano el español, jugando con los niños argentinos, mexicanos y chilenos que veraneaban con sus acomodadas

familias en la exclusiva estación termal de Vichy. Entre ellos se habla de pampas y de selvas, de altiplanos y de indígenas, de ríos gigantescos y desiertos interminables. Larbaud escucha embelesado y se va haciendo una imagen de aquel mundo lejano que, más tarde, será también tema de mil conversaciones en los refectorios del internado de Sainte Barbe-des-Champs. En ese colegio cosmopolita, reservado a las élites francesas e internacionales, un Larbaud ya adolescente vuelve a encontrarse con muchos de sus antiguos compañeros de juego y acaso también con una linda jovencita colombiana cuyos rasgos prefiguran los de la heroína de *Fermina Márquez* (1926). La fascinación del francés por lo latinoamericano, nacida en la infancia y cultivada en la juventud, se extiende y madura con el paso de los años y acaba convirtiéndolo, a comienzos del siglo XX, en el principal promotor de nuestros escritores ante varias editoriales francesas y, en particular, ante Gallimard.

Como autor de *A. O. Barnabooth* (1913), Larbaud es uno de los pilares de la casa y hace valer su peso y su prestigio para convencer a Gastón Gallimard de la necesidad de publicar a algunas figuras de las letras latinoamericanas. Así sale a la luz en París, en 1928, la *Visión de Anáhuac* de Alfonso Reyes, el primer título nuestro que aparece con el sello de la editorial. Larbaud se ocupa de revisar la traducción y añade un prefacio en el que destaca la importancia del libro y su condición de nuevo «poema nacional mexicano». Como es sabido, la amistad que unió a los dos hombres durante la estadía de Reyes en Francia fue sin lugar a duda determinante en la publicación de este primer título; pero no habría que olvidar la sincera admiración que sentía Larbaud por la obra alfonsina y su lúcida convicción de que la literatura latinoamericana encerraba una gran promesa. Y es que *Visión de Anáhuac* constituye tan sólo el primero de una serie de libros que, gracias a la influencia de Larbaud, van creando un catálogo latinoamericano en Gallimard. Entre ellos encontramos *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes, que aparece en 1932, y las novelas *Mala yerba* de Mariano Azuela y *Las lanzas coloradas* de Arturo Uslar Pietri, que se publican al año siguiente. Es probable que, de no haber sufrido un gravísimo derrame cerebral en 1935, Larbaud hubiese proseguido su labor y habría sido así uno de los primeros intelectuales europeos que hiciera editar la obra del joven literato argentino Jorge Luis Borges. En efecto, a fines de la década de los veinte, Güiraldes le había hecho leer algunos libros de ese muchacho porteño y Larbaud, con su olfato habitual, no había tardado en reconocer su inmenso talento.

Habrá que esperar, sin embargo, varios años antes de que Borges se convierta en autor de Gallimard y su obra empiece a difundirse por el mundo entero. 1945 es la fecha clave: Gastón Gallimard firma entonces con el escritor y antropólogo Roger Caillois el contrato para crear una colección destinada a la traducción y a la publicación de obras procedentes de América Latina. Así nace La Cruz del Sur (*La Croix du Sud*), la primera colección europea en la que se editan sólo títulos latinoamericanos, prescindiendo de los españoles y los portugueses. Caillois, que había pasado la guerra en Buenos Aires junto a Victoria Ocampo y al grupo de la revista *Sur*, regresa a Francia después de haber descubierto todo un continente literario. El proyecto de La Cruz del Sur es de dar a conocer a nuestros escritores e ir formando un público para nuestra literatura. Tras seis años de preparación y de trabajo, el primer libro sale en 1951: *Ficciones* de Jorge Luis Borges. Le siguen 52 títulos que, a lo largo de dos décadas, no sólo difunden una cierta imagen de América Latina sino que, además, van constituyendo una biblioteca ideal. La lista de autores resulta sencillamente impresionante. Junto a Borges encontramos a Asturias, Carpentier, Cortázar, Arreola, Arguedas, Rulfo, Cabrera Infante, Gallegos, Ribeyro, Amorim, Amado, Otero Silva, Alegría y paro de contar con el jovencísimo Mario Vargas Llosa que publica en la colección su primera novela, *La ciudad y los perros* (1963).

Como ha señalado Claude Fell, uno de los estudiosos del tema, La Cruz del Sur fue un auténtico «trampolín» para la literatura latinoamericana en Francia. Es más, fue un trampolín que se adelant  y, en más de un sentido, preparó el *boom* de los años sesenta. No en vano muchos de los autores de la colección –pienso en Borges, obviamente, pero también en Cortázar y Vargas Llosa– empiezan a ser conocidos como escritores de La Cruz del Sur –y, por ende, de Gallimard– antes de dar el salto que supone su consagración internacional.

Caillois cierra su colección en 1970, cuando considera que nuestra literatura está ya lo suficientemente implantada como para necesitar un espacio editorial propio. Desde entonces, los libros latinoamericanos se publican en la colección internacional de la casa, *Del Mundo Entero* (*Du Monde Entier*), entre obras de más de cincuenta países y nacionalidades diferentes. Pero la atención que se brinda a los escritores del continente sigue siendo importante. Así, a través de los ochenta y noventa, el argentino Héctor Bianciotti y el cubano Severo Sarduy, los dos editores de letras hispánicas, prosiguieron la labor de componer un catálogo rico y coherente. Hoy la lista de autores latinoamericanos de

Gallimard cuenta con figuras clásicas como las ya mencionadas –o como Neruda, Paz, Onetti y Fuentes– y, al mismo tiempo, suma autores más recientes o más jóvenes como Alejandro Rossi, Sergio Pitol, Luis Rafael Sánchez, Jesús Díaz, Mayra Montero y Rodrigo Rey Rosa.

No es fácil suceder a Larbaud y a Caillois ni continuar el trabajo de Bianciotti y Sarduy, sobre todo en una época en que el mercado de autores latinoamericanos se ha vuelto tan competitivo. De ahí que mi preocupación principal desde que asumí esta responsabilidad en 1996 haya sido preservar las conquistas de mis predecesores y tener muy presente su ejemplo. Tres han sido así los ejes de mi política editorial: en primer lugar, conservar el fondo que he recibido y renovarlo ofreciendo nuevas traducciones y nuevas ediciones de nuestros clásicos; luego, ir ampliando ese fondo con nuevas adquisiciones de libros canónicos, como, por ejemplo, *El llano en llamas* de Juan Rulfo, un título que faltaba en el catálogo; en fin, no perder de vista el presente ni el porvenir, y proseguir esa búsqueda de nuevos autores que, desde hace ya casi un siglo, hacen que Gallimard siga siendo Gallimard.